

LOS MOTIVOS DE MONTALVO

Por Plutarco Naranjo

(Borrador)

La crítica de la época.

“La literatura de Montalvo tiene asegurada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino también por el valor de nobleza y hermosura de la expresión”, José Enrique Rodó (uruguayo).

“Fue un prosista de deslumbrantes efectos de estilo. En el curso de su prosa podría recogerse mucho oro” Anderson Imbert (argentino).

“El inimitable estilo, tan propio de Montalvo, las galas y riqueza del lenguaje, la asombrosa erudición, en todo muestra que la tal Geometría es digna hermana de los Siete Tratados”. Juan Varela (español).

El estilo de Montalvo asombró y mereció el elogio unánime de la crítica literaria. Pero hay que preguntar con Rodó “¿Qué hay en Montalvo, además del incomparable prosista? Hay el esgrimidor de ideas; hay el luchador y encarado bajo esta faz, el valor ideológico de su obra iguala o se aproxima al que ella tiene en la relación de puro arte”.

Antecedentes de su formación ideológica.

Juan nació en un hogar donde se respiraban aires de libertad, de justicia y de progreso. Un día, que nunca olvidó, vio llegar al hermano mayor de los nueve, a Francisco, que era el paradigma de la familia; venía en medio de un piquete de sayones y mercenarios de Flores, quienes le conducían como delincuente, camino al destierro. Había pedido que al paso por Ambato le permitieran visitar a la familia. Juan, el menor de todos, tenía entonces 11 años. ¿Por qué le han apresado? ¿Por qué le han maltratado? ¿Por qué le destierran? ¡Cuánta rebeldía, cuánto odio se habrá grabado en el corazón de Juan!

Francisco era entonces personaje importante en el campo público. Era un liberal actuante. Su lucha contra las arbitrariedades y despotismos del General Flores, le valió el destierro que no llegó a cumplirse, porque a poco de llegar a Guayaquil se contagió de fiebre amarilla y unos días después falleció. ¿Cuál habrá sido la reacción de Juan?

Francisco Javier, el segundo de los Montalvos, se había destacado ya en el campo de las letras y de la docencia, primero como rector del Colegio de San Fernando y más tarde, como rector de la Universidad Central. En los largos y oprobiosos años de la dominación Floreana, sufrió también persecuciones, vejámenes y destierros.

En los efímeros años de gobiernos de tendencia liberal fue secretario y diputado del Congreso Nacional; Ministro de la Corte Suprema de Justicia y Ministro de Relaciones Exteriores.

Bajo el auspicio del Dr. Francisco Javier, Juan pudo ingresar al Colegio de San Fernando, en Quito, donde terminó sus estudios de latinidad; luego pasó al Seminario de

San Luis, donde se graduó de maestro en filosofía y por fin, inició, en la Universidad Central, los estudios de Jurisprudencia. Por entonces el nuevo presidente, el General Urbina, de tendencia liberal, decretó los estudios libres y Juan, cargado de sus libros, de los más importantes de la cultura europea, volvió a Ambato a devorarlos y se olvidó para siempre de los códigos.

Pero antes, en una asamblea pública, realizada en Quito, para celebrar la derrota de Flores, Juan en representación de una sociedad democrática, pronunció un discurso en el que entre otras cosas dijo: "Solemnizamos, señores, el día en que el tirano se vio confundido al golpe eléctrico del brazo de la nación, solemnizamos el triunfo de la patria con el civismo de la inteligencia... sea también en honra del pendón de la victoria clavado en marzo en los felices campos de la Elvira, tinto en la sangre del genízaro".

He aquí al joven Juan, convertido ya en el luchador y que el tiempo le permitirá convertirse en el artista del idioma.

Los primeros destellos.

Terminado el periodo constitucional de Urbina, asume el poder el General Robles, quien designa a Urbina Ministro Plenipotenciario ante el gobierno de Italia. Urbina, quien ha tenido buena noticia de la inteligencia y capacidad del más joven de los Montalvos, pide a Juan acompañarle en calidad de Adjunto Civil. Montalvo viaja a París a esperar a Urbina para ambos trasladarse a Roma. Pero Urbina tuvo que postergar y finalmente renunciar a ese viaje, pues los acontecimientos políticos del país hacían indispensable su presencia en él. Montalvo se incorporó a la sede diplomática de París, en donde más tarde fue elegido al rango de Secretario. Allí encontró que se desempeñaba en calidad de Ministro Plenipotenciario a Pedro Moncayo, hombre respetable y lleno de merecimientos. Se trata de uno de los patricios del liberalismo. Poco tiempo antes Montalvo gozó de la imponderable influencia de ese preclaro ciudadano Julio Zaldumbide, otro valor del liberalismo ecuatoriano.

En París, Pedro Moncayo se convierte en su padre espiritual, en su maestro que labra en el espíritu de Montalvo los principios de libertad, de hombría, de dignidad, de tenacidad en la lucha por la libertad y la justicia. Su mente, su espíritu se ha fortalecido, su ideología ha madurado.

Los viajes que tiene que realizar por España, sobre todo por Italia (dos veces), por Suiza le dan la oportunidad de mirar tantas cosas nuevas, de repasar la historia antigua de Roma, que no resiste la tentación de escribir, en forma de cartas, verdaderas crónicas literarias de viaje, que envía a su hermano Francisco Javier, quien en ese momento había fundado y dirigía el periódico "La Democracia". Estos artículos se encuentran reproducidos en la obra "Páginas Inéditas".

El gobierno de Robles resultó un penoso desastre. Joven pundonoroso, Montalvo consideró que no era apropiado que él siguiese colaborando con ese régimen y aunque sea, de ese modestísimo cargo, renunció y más tarde volvió al país.

Mientras tanto en el Ecuador se produjo el caos. El general Franco asumió, en Guayaquil el poder. Robles tuvo que abandonar el país. En Quito se formó un triunvirato. Flores, desde Lima, ofreció a García Moreno sus servicios; vino en calidad de Jefe del Ejército, derrotó a Franco y por fin García Moreno asumió el poder.

Montalvo, desde la Bodeguita de Yaguachi pudo seguir los últimos y desventurados acontecimientos. Condolido por la suerte del país y listo a afrontar las consecuencias, dirigió al todopoderoso señor García Moreno, la célebre e histórica carta, hermosa pieza literaria y política (septiembre de 1860), en que advierte al mandatario que si no se comporta como “buen ciudadano y buen magistrado, tendrá en él un “enemigo y no vulgar... a quien le sobra valor para arrostrar las consecuencias”.

La carta no es un desplante. Tras un serio y bien meditado análisis de lo que había ocurrido en el país y de la situación política del momento, es una especie de declaración de guerra. Propone que García Moreno renuncie al poder y se someta a una votación popular. Le dice: “Que el poder no le empeore, señor, llame usted a la razón en su socorro... No he pretendido dar lecciones a usted, señor, no; todo ha sido interceder por la patria común y el deseo de ver su suerte mejorada”.

¿Por el momento qué peso podía tener esta carta en manos del poderoso señor García Moreno?

Se iniciaron cuatro años de opresión, de despotismo, de tiranía, de sangre.

El cosmopolita.

Durante los cuatro años ninguna de las pocas imprentas que había en el país se atrevió a publicar nada que fuese contra García Moreno y su gobierno. Terminado su periodo e iniciado el de Jerónimo Carrión, Montalvo, el 3 de enero de 1866, en Quito, publica el primer cuaderno de EL COSMOPOLITA. El prospecto se inicia con estas palabras: “Mucho es que ya podamos a lo menos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos de remate a fuerza de callar por fuerza; mucho es que el pensamiento y las ideas de los ciudadanos puedan ser expresadas y oídas por ciudadanos. La tiranía también se acaba, sí, la tiranía también tiene su término, y a veces suele ser el más corto de todos, según que dicen los profetas: “Vi al impío fuerte, elevado como el cedro; pasé y ya no le vi; volví y ya no lo encontré”.

Más adelante agrega: “García Moreno ha dejado el mando, es cierto; pero con el mando no se le acaba su carácter ni los ímpetus de su genio son menos de temer; siempre es audaz, siempre arrojado, siempre poderoso de su persona y, según Es lengua, diestro en el manejo de las armas. ¿Será de cobardes irritarle con la verdad y arrostrar su ira?. La cosa es clara, nadie que no esté firmemente resuelto ni se sienta con ánimo para morir de su mano o matarle en propia y natural defensa, había de ir inconsideradamente a echarle el agraz en el ojo”.

El Cosmopolita, según declaración de su propio autor, pretende convertirse en una especie de pequeña enciclopedia que, enseñe deleitando, pero además, desde el primer número es una plataforma de mesurado análisis político, una barricada de lucha por la libertad y los derechos ciudadanos.

El Cosmopolita desata, como era de esperarse, una violenta ofensiva de la prensa católica. Esto obliga a Montalvo a dedicar amplio espacio, a partir del segundo número del Cosmopolita a defenderse de las calumnias y burlas de los escritores garcianos, entre quienes se destaca José Modesto Espinosa.

Fue tan dura y mordaz esta ola de críticas que provocó “El Cosmopolita”, que Pedro Fermín Cevallos, con muy escasa visión de pitonisa, escribió: “¡Pobre Montalvo! Se hundió para siempre, está enterrado. Y lástima porque parecía bastante hábil el jovencito”.

¡Cuán equivocado estuvo Cevallos! Al contrario de lo que él pensó, cosa inusitada en la historia de la literatura, Montalvo con su primera obra, El Cosmopolita, alcanzó fama internacional y se consagró como uno de los más grandes prosistas y ensayistas de la lengua castellana.

Miguel Antonio Caro (colombiano), le escribió: “Digo a usted sin lisonja que me ha sorprendido en sus escritos un raro conjunto de condiciones por una parte difíciles de conciliar y por otra nada comunes en escritores americanos. Hallo en usted un estilo natural y riguroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco, frase castigada. Por lo que hace al fondo noto elevación de miras, grandeza de pensamientos, riqueza de recuerdos. Francamente no estoy de acuerdo con usted en muchos puntos, como pertenezco a la escuela conservadora. Más esto mismo abona mi humilde voto de aprobación”.

García Moreno “desde afuera” sigue gobernando el país. Enfurecido por la amplia libertad política y de prensa que ha concedido Carrión, le exige su renuncia. Carrión ante la imposibilidad de enfrentar a García Moreno —que permitió su elección— presentó la renuncia. García Moreno hizo elegir presidente a Espinosa, a quien un año después lo derrocó y lo hizo proclamar Jefe Supremo del país.

Montalvo, venciendo dificultades e incomprensiones, había seguido publicando El Cosmopolita. El 15 de enero de 1869 publicó el último libro, el IX, pero antes de que circule éste, con una ardorosa proclama al ejército, García Moreno asumió ya el poder, lo que obligó a Montalvo, precipitadamente, a asilarse en la legación de Colombia. Mientras tanto, la mayoría de dirigentes liberales fueron encarcelados.

Montalvo, luego se exilió en el pequeño pueblito de Colombia, en Ipiales. Lector empedernido, no pudo llevar consigo sus libros favoritos. A sus amigos les escribió: “Derretíos en lágrimas, no tengo libros”.

Pero la soledad, la quietud del pequeño ^{villorio}, fueron favorables para que Montalvo escriba varios de sus famosos ensayos, que muchos años más tarde, en Francia, los

publicará bajo el título de SIETE TRATADOS y así mismo, comenzó a escribir otra de sus obras fundamentales CAPITULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES.

De Ipiales, junto con otros exiliados viajó a Panamá, donde conoció, personalmente a Eloy Alfaro y se inició una franca y sincera amistad. Desde entonces Montalvo seguirá siendo el mentalizador de la lucha liberal y el General Eloy Alfaro, el ejecutor de las acciones militares y políticas. Más tarde Montalvo viajó a París, pero la ciudad ya no era la misma que conoció años atrás. Estaba preparándose para una guerra. De todos modos hizo contactos con grupos literarios y colaboró en revistas parisinas. La situación económica le obligó a volver a Ipiales, pero en Panamá, ante las noticias de que García Moreno preparaba su reelección, escribió ese temible panfleto: "La dictadura perpetua". Publicación, cuya circulación fue prohibida por García Moreno pero que de todos modos llegaron algunos ejemplares a manos de algunos liberales y sobretodo de un grupo de universitarios, quienes se exaltaron con la proclama y decidieron acabar con la vida del tirano. El 6 de agosto de 1875, ante las puñaladas de Faustino Rayo y unas inofensivas balas de los universitarios, García Moreno cayó para siempre. Cuando Montalvo tuvo noticia del "tiranicidio", en defensa de los universitarios declaró: "Mi pluma lo mató".

El regenerador.

A comienzos de 1876, Antonio Borrero asumió el mando tras haber triunfado en la primera elección libre que se produjo en el Ecuador. Montalvo había mirado con simpatía esa elección y había condicionado su apoyo a que, de modo urgente, se diera los pasos necesarios para cambiar la teocrática y anacrónica constitución política, impuesta por García Moreno en 1869 y conocida en el país como la "Carta Negra".

Por desgracia Borrero, ante el poder conservador, tuvo miedo de afrontar un profundo cambio de estructuras. Esgrimió el argumento que al haber asumido la Presidencia de la República, juró defender la Constitución.

Montalvo, de regreso de Ipiales, conferenció con Borrero. Este se comprometió a dar ciertos pasos políticos, que luego no fueron cumplidos. Don Juan anunció la publicación de EL REGENERADOR. Indica los objetivos en estos términos: "procurará regenerar con lecciones de moral y sana política, según el caudal de nuestros conocimientos. No son grandes, lo sabemos; pero contando con la docilidad de nuestros compatriotas ¿por qué no hemos de hacer por enseñarles algo, al mismo tiempo que aprendemos de ellos lo que sea digno de atención? La araña, la hormiga saben cosas que nosotros ignoramos: ojalá supiéramos todo lo que saben tantos humildes a quienes miramos con desdén".

La publicación sigue el modelo de El Cosmopolita. Se lo hace por fascículos. En uno de ellos el autor publica uno de los artículos titulados LECCIONES AL PUEBLO y sobretodo inicia el ataque frontal contra Borrero que se negó a dar paso a una nueva constitución y sobretodo, se ha sometido a la opinión de "los señores obispos".

El 5 de septiembre de 1876 Montalvo recibe un gran homenaje en la ciudad de Guayaquil y en agradecimiento a éste, al día siguiente publica El Regenerador No. 5 en el que previene un próximo derramamiento de sangre. Veintemilla es el jefe del ejército

acantonado en la ciudad. Días antes había escrito la “Carta de la traición” en la que promete lealtad al gobierno de Borrero, pero el día 8 se proclama Jefe Supremo y esa misma noche manda al destierro a Montalvo. El escritor alguna vez dijo: “Confieso que en siete años de destierros de García Moreno padecí menos que en el destierro de Veintemilla”.

Consolidado el poder y acallada la oposición, Veintemilla permite el regreso de algunos exiliados. Montalvo regresa también, pero no humillado ni atemorizado y vuelve a su lucha a través de El Regenerador. El 25 de septiembre de 1877 aparece el número seis en el que, entre otros ensayos, escribe uno titulado “La Convención”. Poco después se reúne en Ambato la Asamblea Constituyente que introduce pocos cambios en la constitución garciana y en cambio termina por elegir presidente de la República a Veintemilla e investirlo de poderes omnímodos. Montalvo ha de escribir: “Del gran tirano al pequeño déspota”. Hasta el año siguiente continuó la publicación de El Regenerador. Pero la vida de Montalvo corría grave peligro. Familiares y amigos le exigieron abandonar inmediatamente el país, antes de ello, Montalvo expresó que se va: “desesperado no pero sí desconsolado y triste. De la tiranía hemos caído en la barbarie, de la sangre en las tinieblas; para el hombre de pundonor y libre no hay patria donde reina la servidumbre con todos sus vicios”.

Volvió, entonces al retiro tranquilo de Ipiates.

Las Catilinarias.

Montalvo conocía de años atrás a Veintemilla, quien alardeaba de liberal, pero que en el fondo era un vulgar oportunista, un hombre de baja moral, de modales nada apropiados. Con engaños y artimañas había conspirado y al fin, colmó su ambición al declararse Jefe Supremo, en la ciudad de Guayaquil. La poderosa arma montalvina, esa pluma afilada y temible, estaba harta de las fechorías de Veintemilla y lista para comenzar a escribir “LAS CATILINARIAS”. Están dirigidas contra tres nefastos personajes: Veintemilla, el mayor malhechor, Borrero, por su debilidad y su entrega a las fuerzas reaccionarias y a los obispos y Urbina, quien también había defecionado políticamente.

Es un jefe perdidio por su traición al pueblo por el poder

A su paso por Panamá escribe las ardorosas Catilinarias. Comenta Unamuno (español): “Cogí Las Catilinarias y empecé a devorarlas. Iba saltando líneas; iba desechando literatura erudita; iba esquivando artificios retóricos. Iba buscando los insultos tajantes y sangrantes. Los insultos ¡sí! Los insultos; los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo”.

Por su parte, Benjamín Carrión, otro admirador de Las Catilinarias, dice: “Es difícil encontrar en cualquier literatura, un logro tan cabal del impropio; un poder del látigo restallante tan fuerte; una eficacia moral de bofetada como los conseguidos por Don Juan Montalvo en Las Catilinarias. Pero es más difícil también que esos insultos estén revestidos de mayor nobleza, de más castiza corrección literaria, de mayor señorío mental. El secreto Montalvino está en su capacidad de unir la ira y el desdén”.

Las Catilinaras constituye obra maestra de la diatriba elevada a la categoría de estilo literario. Es la obra que le ha consagrado como el polemista. Es la obra que más reediciones ha merecido hasta hoy.

Pero Las Catilinaras no solo es pieza maestra de la inventiva. En ella el pensamiento de Montalvo recorre en profundidad los caminos de la buena política, de los fenómenos sociales. Muchas ideas tienen trascendencia filosófica.

Son jóvenes los que se han acercado a Montalvo, jóvenes ^{los} que han seguido sus lecciones, jóvenes que se han ratificado en sus ideales. Casi como colofón de Las Catilinaras, Montalvo dice: "En pueblos agraciados por la suerte con la libertad, el pundonor y la ilustración, los hombres maduros son ejemplares respetables; donde sometimiento vil, codicia, indiferencia por la cosa pública los infaman, la patria nada tiene que esperar sino de los jóvenes: los libertadores nunca han sido viejos".

Los Siete Tratados.

Tras su último y definitivo destierro, instalado ya en París, Montalvo se dedica a la publicación de su obra fundamental: SIETE TRATADOS. La mayor parte de la obra fue escrita ante su primer destierro en Ipiales, entre 1873 y 1877.

Si algo o mucho hay en Montalvo de pensador, de sociólogo, de filósofo, lo más sustancioso de todo ello está vertido en las elegantes páginas de los "Siete tratados". Lo que hay en él de innovador, de revolucionario, también está plasmado en esa obra. Aunque combativo y revolucionario, amante como es del orden y sobretodo de la paz dignificante, en su primer "Tratado" ha de exclamar: "¡Ah, si pudiéramos hacer revoluciones en paz!".

Los Siete Tratados están escritos con tanta erudición, con tal profusión de citas históricas, de parábolas, de ejemplos y de pasajes mitológicos, que aún para el hombre cultivado su lectura no es fácil y la belleza de la parábola o la cita se pierde ante el desconocimiento de la historia y la mitología. En los Siete Tratados es donde mejor cuaja aquella feliz expresión de que "Montalvo no es para ser leído cuanto para ser estudiado". El lector común ha de tener que saltar párrafos, quizás páginas enteras, para no perderse en los vericuetos de la historia, en el laberinto de la mitología y poder seguir a pasos largos el pensamiento montalvino.

Consigue que la importante imprenta de José Jacquin, de Besanzon (Francia), tome a su cargo la publicación de la obra que, en elegante edición y en dos volúmenes aparece en 1882.

Esta obra es acogida con elogio a admiración en los círculos cultos de París y especialmente en España.

En el Ecuador si bien es cierto que los sectores pensantes, especialmente de tendencia liberal y progresista percibe en la obra con alborozo y como fruto de la pluma del más grande escritor latinoamericano de la época, parte de la clerecía y en especial el terrible obispo José Ignacio Ordóñez, inicia una feroz campaña contra la obra y su autor. Dirige

la obra de esta de más violenta y pasionada campaña por El obispo Ordóñez

una pastoral en la que dice que la obra es “nidada de víboras ^{han} en ^{tenido} incesto de flores” y con la cual su autor “dobla la rodilla ante nuestro adorable redentor, pero es para darle sacrílegas bofetadas en su rostro divino”.

Más tarde el rencoroso obispo consigue que los Siete Tratados se lo incluya en el ^F índice de los ^{libros} prohibidos. Adicionalmente, el obispo Ordóñez prohíbe la lectura del libro por “herético, inmoral y blasfemo”.

La Mercurial Eclesiástica.

La respuesta de Montalvo al obispo Ordóñez, no se hizo esperar. Desde que escribió Las Catilinarias, no había ^{tenido} oportunidad de ejercer su demoledora diatriba. Hoy le vino a pedir de boca la pastoral. En pocos días escribió y en unos cuantos publicó la “MERCURIAL ECLESIASTICA.- LIBRO DE LAS VERDADES”.

En las páginas iniciales expresa: “El sabio me consuela, el virtuoso me salva: el ignorante procura afligirme, el vicioso me condena... César Cantú, grande y verdadero cristiano, me salva; Ignacio Ordóñez impío por ignorancia, temerario por corrupción, me condena. ¿Cuál de estas dos substancias vale?”.

La Mercurial es otra obra maestra de la inventiva montalvina con la circunstancia de que el autor conocía de muchos años atrás ^{se pueden} la obispo, sabía de muchas de sus andanzas, fechorías y excesos. Claro está que ~~de~~ no generalizar sus ataques y acusaciones a todo el clero, por lo contrario, pone de relieve la actitud y obra de los buenos sacerdotes. La obra habrá merecido la justa apreciación por parte de las altas autoridades jerárquicas que, a pesar de que el obispo queda despellejado, no se la puso en el Index.

El Espectador.

Terminada la publicación de las dos obras anteriores, Montalvo decide volver al camino anterior, que tantos éxitos le habían proporcionado, el de publicar ensayos sobre variados temas, pero ahora no en forma de folletos sino de volúmenes completos. Efectuados los arreglos con el editor J. Ferrer, de París y la librería Franco-Hispanoamericana, que se encargaría de la distribución, el primero de junio de 1886 ve la luz el primer tomo de EL ESPECTADOR.

En la presentación del libro el autor expresa el origen del nombre. Por aquella época, en Londres, el famoso escritor y periodista Addison, publicaba diariamente una hojita muy amena e instructiva que llevaba por epígrafe el de “The Spectator”. Montalvo dice: “Mi Espectador no será como el de Addison, ¡cuándo! Por el desempeño, no me podré hombrar con él; las intenciones serán buenas; y si no enseño deleitando, procuraré no perjudicar fastidiando”.

En El Espectador, Montalvo ya no tiene enemigos a quienes castigar ni frailes corrompidos a quienes condenar; con estilo más ágil, con pocas o ^{de} ninguna cita histórica o mitológica, aborda con igual elegancia temas de actualidad, ^{de} en la realidad francesa, europea o hasta temas de cierta trascendencia científica.

En algunos ensayos analiza y critica la “mendicidad de París” o las injusticias sociales.

Al salir de corregir las pruebas de imprenta del tercer volumen, se encuentra que la noche era fría y lluviosa. Sin abrigo^s ni paraguas soportó el vendaval, pero al siguiente día se inició un violento resfrío. Empeoró en los subsiguientes días, fue sometido a una intervención quirúrgica torácica pero nada valió, el 17 de enero de 1889 expiró.

Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.

En el epígrafe, Montalvo dice: “El que no tiene algo de don Quijote no merece el aprecio ni el aprecio de los semejantes.”

Desde muy joven Montalvo fue un asiduo lector del Quijote y obsecuente admirador de Cervantes, de su estilo y de sus sabios mensajes y críticas sobre los graves problemas políticos, sociales y hasta religiosos de España, pero ^{su ideal} todo^{revestido} del saber popular y hasta de su picardía, como para que ninguno de los grandes personajes de la época se sintiese aludido y por fin ^{condenar} condena la lectura de los insulsos libros de caballería.

Ya en el cosmopolita, Montalvo, incorporó un ensayo “Capítulo que se le olvidó a Cervantes” y en sus años de destierro en la soledad de Ipiates, tuvo tiempo para leer y releer el Quijote y por fin para ^{perfeccionar} perfeccionar la nueva obra. En París la disyuntiva fue publicar esta obra o comenzar la nueva, El Espectador. Por varias razones se inclinó por esta.

En 1870 Montalvo era ya un profundo conocedor y exégeta del Quijote. Los seiscientos y más personajes de la obra cervantina le eran familiares, así como sus virtudes y pecados. Pero la hazaña de escribir una imitación americana le abrumaba. “El triunfo de Cervantes, dice fue la sátira boyante, el golpe tan acertado, que la enorme locura de ese siglo, herida en el corazón quedó muerta, cual toro en la plaza de Valladolid a manos de don Diego Ramírez. El género es el más difícil: haber acometido la empresa, es saludable osadía, a buen seguro: llevarla a feliz cima, no es para nosotros, pues no pensamos que nuestro libro pueda pasar por las picas de flandes. Si él llegare a caer por ventura en manos de algún culto español, queda advertido este europeo que hemos escrito un Quijote para la América española y de ningún modo para España”.

Los originales de la obra durmieron seis años después de la muerte del autor, hasta que en 1895 los editores Montañer y Simón le dieron a la estampa, en Barcelona y en bien cuidada y elegante edición circuló en 1898.

El origen y motivos que tuvo Montalvo para escribir sus principales obras queda, brevemente relatados en las páginas anteriores. Hay que mencionar que la obra polémica de Montalvo no se limita a las obras indicadas; publicó muchos panfletos, hojas volantes, artículos cortos, hojas periodísticas, como La Candela. En forma póstuma se ha publicado también la GEOMETRÍA MORAL, que quizás era el octavo capítulo de los Siete Tratados y que, esencialmente, trata sobre el amor. También bajo el título EL LIBRO DE LAS PASIONES se han publicado cinco dramas de lo que parece fueron seis o siete en su totalidad. Los dramas titulan: Jara, la leprosa, granja, el descomulgado y el dictador.